



Héctor Herrera, Tapiz.

CRITICA DE ARTE:

Héctor Herrera o El Edén del Arabesco

Héctor Herrera expone en las salas altas del Instituto Cultural de Las Condes. El gran recinto se ha transformado por gracia del arte de este maestro en una especie de selva, en un jardín, en un frenesí cromático.

Se podrá decir que un género semejante se cultiva en la esfera del arte popular mexicano o en cualquier otro país de Hispanoamérica. Cierto. Pero en cuanto al carácter, deberemos decir que las obras de Héctor Herrera no entran claramente en el dominio del arte popular o folklórico, pues su condición de provenir de un autor único y conocido se lo niega.

Igualmente, pertenecen estas obras a un género fronterizo, cuyos límites no se perfilan precisos sino que se mezclan sin confundirse. No son estas obras completamente pinturas y tampoco acuden a las leyes inexorables del tapiz.

Participan de ambos sin que en ellos aparezca la impresión de duda del género indeterminado. Los "tapices" de Herrera gustan mucho y la atracción que producen sobre sus admiradores está justificada, pues son obras muy bellas.

Además importa en grado mínimo la naturaleza de tales obras, pues sólo interesa en este punto la tensión artística puesta en ellas por el autor. Acaso no posean tanta autenticidad como los productos del arte popular mexicano. Pero dicho arte, en buena medida, tiene mucho de mito. Digo "en buena medida"; sería injusto no reconocer que existen ejemplos de obras que surgen por el solo milagro de la intuición popular. El resto es "fabricación" y producto simulado. A poco que escudriñemos desaparece la tan careada autenticidad autóctona o el tipismo vernacular.

Las obras que Héctor Herrera expone en Las

Condes no son arte popular. O por lo menos no creo que el artista pretenda hacerlas pasar por ello. Es un arte culto con una intención determinada y con rasgos premeditados que persigue crear una sensación de belleza.

Inclusive se deriva de tales obras el reflejo de un nimbo de refinamiento, delicadeza y buen gusto reveladores de que quien las hizo posee sensibilidad.

La sala de exposiciones ha sido convertida esta vez, gracias a la capacidad inventiva de Herrera y a su fantasía, en una especie de paraíso alegre y lleno de vida. No ha pretendido el pintor "narrar" nada. Es decir, contar sucesos o representar objetos que implican una acción. Lo que presenta es un mero pretexto de un fenómeno ornamental —unos pájaros, unas flores, unas frutas, etc.— que le permite desplegar sus dotes para llenar el espacio de formas bellas y de colores bien armonizados.

Lo ornamental —no se tome la palabra en su tornasol peyorativo— lo ornamental, repito, predomina. El arabesco constituye uno de los hechos constantes de estas obras. Otro es la precisión del dibujo sobre el fondo. Herrera acude a una intrincada morfología: arborescencias que enredan y entrecruzan sus elementos. Pero las formas planas son rotundas y nítidas. Por ejemplo, sus sandías —de claro linaje surgido en Tamayo— aparecen como una media luna formada por dos tonos saturados: verde, rojo y unos puntitos.

Con frecuencia el arabesco se rellena con infinitas líneas que contribuyen a incrementar la sensación de lujo formal y el colorido de este paraíso de complicadas formas.

Antonio R. Romera